



# Ponente<sup>1</sup>

**CARLOS HERRERA**

Director de “Herrera en COPE”

La verdad es que me has pisado la mitad de la conferencia. Si ven ustedes que repito conceptos, sabrán disculparme.

En primer lugar, les agradezco a los organizadores que hayan pensado en este pobre “juntaletras” para clausurar un congreso, nada menos; para los últimos momentos en los que ustedes, después haber pasado tres días de *happening* van a despedirse y cada uno se va a ir a su casa.

Es innegable que debo empezar o comenzar haciendo referencia a la más inmediata actualidad. La más inmediata actualidad nos lleva a París, y no puedo por menos que, además de elevar mi oración, como de alguna manera hemos hecho todos –los que sabemos orar y los que a lo mejor no saben orar pero sí saben orar, es decir, hablar con Dios–, llorar por las víctimas de lo que indudablemente es algo más que una agresión terrorista, de lo que es la guerra, la guerra sin ambages, la guerra pura y dura. Es importante redoblar todo tipo de controles, estar alerta, ser conscientes, pero sobre todo es muy importante saber que estamos en guerra y que nuestros enemigos lo son por cuanto nos tienen por infieles, por cuanto consideran que así se lo dicta su libro sagrado: que aquellos que no crean en Alá solamente merecen la muerte. Eso, cualquier musulmán con la cabeza sobre los hombros es evidente que no lo interpreta al pie de la letra y que coexiste en función del grado de tolerancia que, en mayor o menor medida, tenga con las demás personas –agnósticas, ateas, religiosas, cultivadas, espirituales o menos– pero hay quienes no, y contra ellos, contra los que quieren acabar con nuestra forma de vivir, con nuestra forma de interpretar la historia, con los valores elementales de libertad a los que no debemos renunciar es contra quien hay que luchar. Y, desde luego, hacerlo con toda la contundencia y en todos los órdenes. Está muy bien que reclamemos la paz y que nuestra idea sea la paz, pero a la paz se llega por muchos caminos e, indudablemente, uno de ellos es sabiéndose defender y sabiendo atacar. Seguramente debería utilizar otras expresiones o

---

<sup>1</sup> Transcrito por audición.

ser un tanto más católico en esta cuestión pero miren, de verdad, si queremos defender nuestra forma de vida, nuestra política, nuestro bien común y nuestros valores, hay que ser categórico.

Precisamente me llaman ustedes para que les hable de política y bien común, para que les hable del político, del buen político. Hombre, el buen político es el que busca el bien común. Fundamentalmente el suyo, sí, pero también el de los demás, el colectivo, el de todos. Y además lo hace a través de métodos lícitos. Podríamos esta mañana empezar a investigar en la historia lo que han dicho todos los grandes pensadores acerca del bien común que, desde luego, es un concepto que ha pasado casi a llamarse “interés general” más que bien común, que lleva más carga de código ético o de código moral. Pero el bien común no deja de ser la suma de intereses particulares coincidentes con el código moral que las sociedades quieran darse cada una a sí mismas.

Ha evolucionado mucho desde tiempos medievales hasta hoy, desde el medioevo hasta la modernidad. Desde Aristóteles, desde Platón incluso, ha empezado a teorizarse sobre el político y el bien común, y en qué ha traducido la historia el bien común. El bien común está claro. Todos podemos imaginar que es tener alimentos, tener trabajo, tener acceso a la educación, que te curen cuando estás malo, tener cultura y tener paz. Si ese es el bien común, y eso lo tiene que conseguir la política, deberemos centrarnos entonces en saber o en decidir qué es la política.

Afortunadamente sin política no podríamos vivir. Porque política es cuando cuatro de ustedes, los de la octava fila, deciden, al salir de aquí, a dónde van a ir a comer. ¿A mi casa? No, a casa del otro. No, a un restaurante. No, a un japonés. No, a un chino. Esa negociación es política. Cuando nos organizamos, la política es la práctica, el ámbito en el que el ser humano se realiza. La política es la organización de la convivencia. Organización de la convivencia que es una actitud básicamente humana. Por ello habría que luchar contra la mala prensa de la política. Tiene muy mala prensa. El político, la política, tiene un deterioro de imagen terrible, pero escuchen, la política es la manera en la que todos y en todos los niveles resolvemos los problemas. Sin política, difícilmente los podríamos organizar y resolver.

La política además existe porque el hombre es racional, porque el hombre es social y, sobre todo, porque el hombre es libre; el hombre, el ser humano, sin que sea además contradictorio el hecho indivisible del ser humano, sin que suponga que deje de ser sociable. Aquí se le ha dado según los grandes pensadores, primacía a una u a otra concepción del ser humano: el ser humano como individuo o el ser humano como colectivo.

Rousseau –y perdonen por parecer pedante, lo soy– entendía que el hombre es bueno en esencia. Es la sociedad, es el Estado, por lo tanto, la colectivización, la que lo vuelve malo. Sin embargo, Hobbes, o [ininteligible] o Kant decían que no; que el hombre, lo intrínseco del hombre es la maldad y que, gracias al Estado, gracias a que se colectiviza, se vuelve medianamente razonable, o medianamente bueno. Y aquí cada uno... ya saben ustedes que el individualismo, el colectivismo es un viejo debate en el que, me imagino habría que encontrar alguna pieza intermedia, alguna pieza de equilibrio. No deja de ser el bien común una síntesis entre la dimensión individual y la dimensión social del hombre.

El ser humano, que es político por naturaleza –yo soy, estos señores lo son, ustedes lo son–, sigue aquel concepto aristotélico que decía que el ser humano, el hombre, es político porque es racional, y sobre todo porque no es autárquico. El ser humano depende en la existencia de otros. Y la política tiene como base esa pluralidad humana, ese hecho que había descrito Hannah Arendt largamente en muchos textos que, evidentemente no he leído porque me ha faltado tiempo entre festivales de la OTI e ir a una corrida de toros–, pero sí que he ido subrayando en algunas cosas que he encontrado sueltas y que me han parecido magníficas.

La política tiene como base la pluralidad humana, y la política supone el poder. Y el poder no es más que un mecanismo para obtener de alguien un comportamiento que, de no existir el poder, a lo mejor no habría realizado. El poder sirve para eso. También, efectivamente, hay un código moral para el poder, y hay una exigencia elemental, que es que debe buscar la justicia social. ¿Y con qué base de poder el poder es legítimo, el poder político es legítimo? Hombre, cuando tiene un fundamento ético, cuando se atiene a procedimientos adecuados.

El poder no es el derecho del más fuerte, como nos podemos imaginar, el poder es igual a la gran virtud que busca la justicia del bien común. Todo lo que no sea esa aplicación del poder no es justa. La justicia es reconocer al otro en cuanto otro. Cuando no se reconoce al otro en cuanto otro, los escenarios son los que conocemos: la tortura, la esclavitud, el racismo, el asesinato o el clasismo. Y por acabar ya la serie de conceptos previos a un elemental desarrollo, como vamos a hacer ahora, hablemos de la ley. Hemos hablado del bien, de la política, de la justicia, del poder... La ley, la ley es un concepto vinculado a la autoridad, pero es un conjunto de normas válidas de obligado cumplimiento. ¿Para qué? Para organizar la convivencia. Sin lo anterior, sin ley no llegamos al bien, que es el fin último del hombre: la felicidad, la vida plena. Y que exige el desarrollo de virtudes en los ciudadanos que

todos podemos tener más o menos presentes. Y la política del bien común, por lo tanto, para entrar de cabeza en todo ello, está fundamentada por la dignidad humana, y exige el reconocimiento de los derechos fundamentales de la persona, la defensa de su vida. Y la defensa de su vida, es evidente que en las sociedades actuales tiene una lectura que no comienza sólo cuando el ser humano ha pasado por el canal del parto.

Tenemos derecho a poner un límite en el derecho de la vida de aquellas personas que han pasado por el canal del parto o no. Las propias leyes que permiten la intervención quirúrgica del ser humano quirúrgica para interrumpir procesos evolutivos de una célula, en lo que ahora más o menos somos nosotros, establecen plazos y límites. Moralmente, ¿debemos ser esclavos de límites que consensos determinados hayan buscado para decidir cuándo un ser humano es un ser humano o todavía no lo es? Ese es uno de los grandes debates de nuestro tiempo, y por eso les digo que el bien común, si está fundamentado en la dignidad humana y en el reconocimiento de derechos fundamentales de la persona, comienza por el propio derecho a la vida.

¿Y la sociedad política ideal, cuál es? Me acuerdo de una vez que vino la señora Thatcher a un programa de televisión que yo hacía –que, por cierto, llegó tardísimo y cabreadísima, y yo tenía un pregón que dar en la Feria de Jaén y había calculado: viene la Thatcher a las tres, la entrevisto a las cuatro, a las cinco salgo a Jaén, llego a las ocho y a las nueve doy el pregón. Bueno, pues la señora Thatcher vino a las cinco, quiso estar una hora charlando conmigo hasta las seis, otra hora maquillándose para empezar a las siete, luego revisar la entrevista hasta las nueve y, cuando quise salir de Prado del Rey, eran las diez, con lo cual el pregón lo leyó el alcalde. Con un gran cariño de la población Jaenera–, y recuerdo que aquel día le pregunté: “Óigame, ¿y usted qué le aconseja al Partido Popular español?”. Era el año 1991 y todavía no había conseguido ganar las elecciones, que ganó, como saben ustedes, en el 96 –en el 93 anduvo ahí, pero fin–. “¿Qué le aconseja para que gane el Partido Popular?”. Y ella dijo: “Miren, yo no me quiero meter en líos, pero si quiere le digo cuáles son las cuatro líneas elementales de mi pensamiento”. Y la verdad es que dio, en una respuesta de tres minutos, un decálogo político, una explicación política que era, cuando menos, conmovedora.

Digo, cuando menos conmovedora, y asombrosamente clara y progresista, claro. Estamos todos de acuerdo, los que aquí andamos, que un sistema, una sociedad política ideal, cuando menos correcta, debe contemplar la libertad de creación, la libertad de emprendimiento, la libertad de prosperidad. Recientemente, Izquierda Unida, a cuyo ideario a veces tenga Dios en su inodoro, porque es como para echar a correr, decía que iba a limitar los

sueldos de cualquier tipo de persona a 6.500 euros mensuales. Es un dinero, desde luego, pero hay gente que gana más. Yo no, por cierto. Eso es limitar la libertad de prosperidad. Yo tengo derecho, usted tiene derecho, aquella señora tiene derecho, porque son muy útiles en su trabajo y en una ley de mercado, a obtener más beneficio por su talento indudable y su servicio a la sociedad. Pues llegan quienes quieren establecer la sociedad planificada, cuyo éxito en la historia se ha comprobado varias veces, y dicen: “no, no, 6.500 euros”. Claro, habría que preguntarse: el que ha dicho eso, ¿ganaría alguna vez 6.500 euros en un mercado competitivo, suelto y en la calle? Probablemente no. Pero estamos de acuerdo en esas tres libertades elementales.

Es evidente que una sociedad justa, políticamente justa es una sociedad que garantiza la igualdad de oportunidades: que mi hijo, el de aquel señor, el de aquel otro, el que está afuera, tenga la misma igualdad de oportunidades para acceder al conocimiento y, después, en función del talento de cada uno de ellos, en la vida progrese y prospere adecuadamente. Y además de la igualdad de oportunidades, es verdad que una sociedad políticamente justa debe tender a una distribución racional de la riqueza, a una distribución equilibrada de la riqueza. Es decir: no dejar que la riqueza se acumule en pocas manos sino que, a través del ejercicio de un Estado democrático y justo, políticamente justo, la riqueza se distribuya y permita a todos vidas elementalmente dignas. Lo contrario, es decir, no garantizar las necesidades básicas cubiertas, hace que no sea posible plantear proyectos políticos serios e invita a quienes no lo contemplan a revoluciones, a tiranías, a situaciones inadecuadas. Todo ello, lo anterior, más la independencia judicial –elemental– y un sistema libre de opinión y de crítica de los medios de comunicación, establecen una sociedad ideal, idealmente justa. Creo que todos los que estamos aquí podríamos estar de acuerdo con ello, “afueraparte” de que después las diferencias de matiz en muchas otras cosas se puedan negociar. Pero entendamos esto como una sociedad, la política al servicio del bien común, como lo elemental.

Hoy consideramos el bien, por ejemplo, en la esfera de lo privado. Y la justicia asegura que ninguna perspectiva de sentido, es decir, una concreta concepción del bien, se imponga sobre otros. La justicia es precisamente imparcialidad. De eso han escrito [ininteligible], como decíamos antes, o [ininteligible]. Quiero hacer referencia a dos encíclicas en concreto. Dos encíclicas que, según mi criterio, o el criterio de muchos –y es un criterio bastante extendido–, han trabajado como nadie este concepto de política, justicia y bien común. Una es *Rerum novarum*, de León XIII, que en su momento, fijense ustedes de qué año estamos hablando, supuso una revolución, y la otra fue

*Pacem in terris*, de Juan XXIII, que también lo supuso. Y, si quieren, hablamos de Ratzinger, Benedicto, por quien yo siento una particular devoción. Bueno, [ininteligible] Juan Pablo II, quién no ha sido de Juan Pablo II, que es un hombre que cambió el mundo. Pero la altura de Ratzinger... acabamos con unas palabras, dentro de algunos minutos, de él, del papa Benedicto.

Miren, yo les leo ahora un decálogo, algo más de un decálogo, de los puntos imprescindibles para que una sociedad sea correcta y para que la política trabaje a favor del bien común.

Y me dirán ustedes: “qué progre eres”. Bueno, ahora les explico. Primero, la defensa y la protección del territorio propio. Segundo, el uso de la lengua propia. Tercero, la independencia judicial del poder legislativo. Cuarto, la enseñanza. Derechos inevitables. Quinto, servicios públicos, transporte, vivienda, agua potable, sanidad, electricidad. Sexto, atención en las enfermedades, en la viudedad, en la vejez, en el desempleo. Séptimo, una relación jurídica justa en el ámbito laboral, entendimiento entre los empresarios y los trabajadores. Octavo, defensa de los derechos de los ciudadanos. Noveno, una experiencia, desde luego una exigencia jurídica de los deberes del ciudadano. Décimo, la protección de la moralidad pública, del medio ambiente, la protección jurídica, la libertad de conciencia, de religión, de culto, la vigilancia sobre el funcionamiento de los poderes del Estado. Y usted dirá: “bueno, esto es un programa de un partido notablemente progresista”. Les acabo de leer la Doctrina Social de la Iglesia. Acudan a ella. Cuando muchas veces exhibo estos decálogos se los suelo exhibir a personas de posición, bueno, movidas por daguerrotipos, por estancias intelectualmente débiles. Y cuando les leo todas estas cosas en las que estamos de acuerdo, porque esto lo firmaría hasta el del pensamiento en el inodoro, les advierto que es lo que dice la Iglesia, lo que dice la Doctrina Social de la Iglesia. Y es lo que los que hablamos de la Iglesia a menudo, tenemos que recordar constantemente.

Los apostolados no son lo que eran. Los apostolados son muy cortos, muy directos. Es vencer algunas resistencias y, desde luego, es vencer la vergüenza. Vencer el pudor, creer que nos hemos convertido, que vamos vestidos de [ininteligible] beata, como iba la vicepresidenta... ¿Se acuerdan ustedes de la vicepresidenta Teresa Fernández de la Vega cuando fue a ver al papa? Iba de [ininteligible] beata, totalmente. Vamos, ni en mi pueblo en los años 40 se vestían así.

Hay dos males de nuestro tiempo que atacan al bien común de la política. Uno es la demagogia y otro es la corrupción política. La demagogia sabemos lo que es, la demagogia es el halago. En mi tierra decimos [ininteligible]. El halago, las falsas promesas... esa estrategia para conseguir el

poder mediante la retórica, apelando a emociones, a miedos. Una vez más, Aristóteles dejó dicho eso. Fue el primero en hablar de la demagogia cuando decía que era el adulador del pueblo. Y la corrupción política, que es lo más divertido de todo. La corrupción política es maravillosa. Otro es la corrupción política no es sino la utilización de un lenguaje medido milimétricamente para minimizar posibles ofensas a determinados colectivos. En virtud es una sobreprotección de los débiles, que ya no son tan débiles algunos, por cierto. Por ejemplo, en Estados Unidos, un blanco era un blanco y un negro era un negro. Ahora un blanco es un blanco, y un negro es un afroamericano. Lo cual me parece bien, porque hay algunos que han utilizado la palabra “negro” de forma despectiva, no de forma ilustrativa. Pero claro, la hipercorrección política ahora hace que se le llame afroamericano a cualquier negro, aunque sea de Bulgaria, y entonces dices: “hombre, ¿es usted un afroamericano?”, y dice: “Hombre, no he estado en América en mi vida. Yo nací en Bulgaria, soy búlgaro de toda la vida, lo que pasa es que soy negro, coño”. Bueno, pues esa es la corrección política. Es una especie de nueva inquisición. Miren, en un pueblo de Inglaterra, de cuyo nombre no quiero acordarme, era un pequeño pueblo, muy agradable, como todos los pueblos ingleses y lleno de gente festiva y cordial. ¿Hay algún inglés en la sala? En un pueblo de Inglaterra, un año no pusieron las luces de Navidad para no ofender a los sentimientos de aquellas personas que no fueran de creencias cristianas, entendiendo que el que fuera musulmán o el que fuera judío o el que fuera budista, o el que fuera lo que sea, iba a salir a la calle como deslumbrado por el rayo. Iba a sentirse insultado. Eso ha pasado en colegios en España. Colegios en España en los que no puedes montar un nacimiento porque siempre hay un gilipollas, siempre hay un padre idiota, que llega y dice: “no, no, intolerable”.

En Andalucía hubo un caso, concretamente en Sevilla, donde un padre se negó a que incluso colgaran bolas de los árboles, porque esa bola era la bola de la concepción del mundo que había nacido a través de la gestión de Dios. [ininteligible] Mira, coño, vamos a ver, escúchame, entonces pueden hacer representaciones alegóricas pero, por supuesto, ninguna mula, ni un buey, ni una virgen, ni un niño, ni [ininteligible], pastores de Palestina que, curiosamente, salían con piel de cordero a celebrar unos días el solsticio de invierno. Ahora el mundo está lleno de imbéciles y esa es la corrección política. Aquí, en España, tuvimos una ministra a quien también téngase en el... que lo primero que realizó cuando se dirigió en una comisión parlamentaria a sus señorías, fue decir: “los miembros y las miembras del Gobierno”. Lo cual como broma, como juego, como reivindicación del lenguaje no tiene más importancia. No, no, es que esto lo decía en serio. Es que esta decía... Y luego se

cabreó mucho porque la Real Academia salió diciendo: “mire usted, la palabra miembro no existe”. La otra: “Ah, ¿no existe? Pues debería existir, porque [ininteligible]”. Alguien le dijo: “Reina, escóndete unos diñas. Tápate. Tápate, tápate”. Es verdad que en España, oiga, viendo estos dices, es que no hay que perder la esperanza, porque puede llegar a ministro cualquier...

Es verdad que ahora mismo hay una valoración nefasta de la realidad política actual, e injusta. Existe el convencimiento generalizado, muy [ininteligible], de que todos los políticos son unos mediocres, unos arribistas, unos trincones, unos cleptómanos, que están por interés personal, etcétera, y eso es una gran mentira. Porque la política está llena de gente, efectivamente hay elementos que a lo mejor dentro de la vida civil competitiva no llegarían a nada, pero también está llena de elementos que sacrifican parte del éxito que podrían tener en la vida civil por estar al servicio de la comunidad. Hay una legión de concejales que no cobran nada, y que no se lleva nada. El Estado, la función pública del Estado tiene grandes servidores que se dedican a la misma. No son políticos en plena esencia, pero gestionan el trabajo de los políticos. Políticos que se arriesgan a que les digan absolutamente de todo y a que la gente crea, primero, que se lo están llevando; segundo, que están ahí por un interés mezquino, lo cual es incierto y absolutamente injusto. Hombre, los que haya y los que lo sean, bueno será, y para eso precisamente es la independencia judicial, la investigación libre de los medios de comunicación, etcétera, y la denuncia, y florecen supongo que no todos los que podrían florecer, pero unos cuantos sí. Nosotros como pueblo, los españoles podemos estar orgullosos de que la política ha estado al servicio del bien común.

A pesar de mi aspecto añinado casi insultante, por una juventud inexplicable en la que haya alcanzado este nivel de sindéresis, yo viví la Transición, y seguramente muchos de ustedes, en los que reconozco a algunos compañeros generacionales, también. Y sí que podemos estar orgullosos de aquel entonces. Yo tenía 18 años cuando murió Franco, y cuando con Franco murió la oprobiosa. Y cuando algunos me dicen que los chavales de ahora, con 18 años, tienen nulo interés en la política, yo les explico que, en aquel momento, los que éramos universitarios teníamos ciertas inquietudes. En un momento muy convulso, de grandes esperanzas para España, más que tener interés en la política teníamos un gran interés en la historia, porque sabíamos que éramos testigos de algo que venía muchísimos años esperándose, que era que un señor falleciera y que, como consecuencia de su fallecimiento, se desencadenaran una serie de hechos. Y lo que comenzó aquel día del que dentro de poco se cumplen 40 años, fue un tiempo apasionante, donde la gente dio lo mejor de sí misma, donde se ejemplarizaron conducta, donde



se renunciaron a postulados que parecían inviolables, donde se cedió y donde, además, el resentimiento o el rencor quedó milagrosamente guardado en un cajón. Para como somos los españoles... ¡coño! Es verdad que luego ha venido quien ha abierto el cajón, ha metido la manita y ha vuelto a sacar los fantasmillas del rencor y del resentimiento, pero ahora hablamos de eso. En aquel momento, los que protagonizaban las cortes franquistas, aquí está el maestro Rafael Ortega, ¿dónde está?, periodista de raza que podría explicarles esto mejor que yo, porque él, aunque no lo parezca, tiene un poquito más que yo. Pero el maestro Ortega sabe, como yo, que en aquel momento las cortes franquistas entienden que no pueden continuar, porque además el principal actor, motor de esa transición, que era el rey, manda el mensaje inequívoco: “voy a ser el rey de todos los españoles”.

Y las cortes franquistas se hacen el harakiri y renuncian, por mucho que ahora digan todos los “soplabobos” que hay en política –que han nacido ahora al calor de cuatro consignas y que ya eran viejos cuando sus abuelos se conocieron–, a pesar de todo lo que digan, aquello no fue el fruto de una presión de un ejército, fue el fruto de la presión de la sociedad. Saber entender que la política estaba al servicio del bien común, porque había que cambiar y evolucionar.

Entonces, Suárez empezó a hacer lo que él definía como “arreglar la cañería sin cerrar el grifo”, que era muy difícil: Ir reformando el sistema mientras había que gobernar todos los días con una crisis pavorosa, por cierto, que surgió al poco, a los dos años de estar en el Gobierno. La crisis económica pavorosa. El señor ministro lo sabrá, el señor embajador que tan de cerca lo ha visto, en primera persona.

Y cuando realmente se llegó a pactar la redacción de una Constitución, que es la que nos ha brindado los años de progreso, de paz y de estabilidad más grandes que España jamás ha conocido en toda su historia, todos hubieron de renunciar. Y la izquierda, hasta la más carpetovetónica ejerció con un sentido de la responsabilidad encomiable.

Santiago Carrillo, que no era precisamente el arcángel san Gabriel, supo renunciar a elementos fundamentales de su iconografía para que la cosa saliese adelante, supo aplacar a los suyos, supo pacificar a aquellos que eran provocados diariamente, como ocurrió en el despacho de los abogados de Atocha cuando mataron a aquellas pobres criaturas. Y eso hay que agradecerse al Partido Comunista de entonces. Sorprende que la evolución les haya llevado a ser mucho más antiguos que entonces, tal y como está ocurriendo ahora, además, con la suma de otras fuerzas políticas que uno las escucha y, bueno, directamente han salido de una caverna, de una gruta, de

una, en fin. Creíamos que todo se acababa en Podemos, pero ahora vemos a los “paleoanarquistas”, estos catalanes de la CUP, que son fascinantes, fascinantes, ¿eh? Porque realmente yo creo que son objeto de estudio. Estos del flequillo cortado a hachazo, que... que además, ¿cómo estará Cataluña, tierra en la que yo me he criado, por cierto, y a la que quiero con pasión, cómo estará Cataluña, para que la del hachazo en el pelo que, créanme, lo lleva también en la cabeza, sea la política más valorada? Bueno, aquí hemos perdido [ininteligible]. De verdad, escúchenme, una pastilla para todo el mundo. Una pastilla urgente para todo el mundo. Bueno, gente de altura, políticos de altura, de mucha altura, estaban implicados en aquella aventura y a ellos ahora se les quiere poco menos que acusar de, en fin, que...

No, no es que haya que reformar, todo es susceptible de ser reformado. Todo evoluciona, pero algunos quieren volarlo, directamente volar eso que nos ha servido para tantas cosas a los españoles. Miren, en el curso de nuestra historia humana nunca va a existir un Estado absolutamente ideal, y nunca podrá establecerse un ordenamiento definitivo de la libertad. Porque el hombre se halla siempre en camino, y siempre es finito. Podremos establecer ordenamientos que serán únicamente relativos, y tendrán su razón de ser sólo en sentido relativo, y únicamente así serán justos, pero debemos esforzarnos por llegar a la máxima aproximación de lo que es verdaderamente justo.

En la historia siempre habrá altibajos. En lo que respecta a la esencia propiamente moral del hombre, la historia no transcurre en sentido rectilíneo, sino en repeticiones. En el ámbito de cada presente concreto, nuestra tarea consistirá en luchar por conseguir la Constitución relativamente mejor de la coexistencia humana y en conservar el bien que, de este modo, se haya conseguido, superando el mal existente y defendiéndonos contra la irrupción de los poderes de la destrucción.

Les acabo de leer un fragmento de *Fe, verdad y tolerancia*, de Joseph Ratzinger, uno de los pensadores europeos más profundos del siglo anterior, y de lo que le cuelga a este. Uno de los más intensos pensadores a los que le debemos incluso algún que otro momento impagable en su papado, y una recta enseñanza de la lucha contra uno de los males más graves de nuestra sociedad, en el que podríamos entrar y ya no me voy ni a París, que es el relativismo. Relativismo y nihilismo, figuras complementarias, si ustedes quieren. Es paradójico cómo conviven –y también en el mundo católico, ¿eh?– la valoración nefasta de la realidad política actual y la esperanza difusa en una política que podría arreglarlo todo.

O la política favorece una presencia, un trabajo de hombre en la sociedad, o la política se convierte en puro juego de poder. Y aquí está la gran

cuestión: la relación entre sociedad civil y política. No tendría sentido que los católicos nos preocupáramos de reforzar nuestra presencia en el plano estrictamente político si no diésemos vida simultáneamente a un rico tejido social de obras, de asociaciones, que nace de la experiencia de la fe.

Quien les habla es Diputado de Caridad en su Hermandad de La Candelaria de Sevilla, la reina del Martes Santo. Yyo les aconsejo ir a verla: preciosa. Nosotros no juntamos mucho dinero, yo este año pienso pegarle una serie de sablazos a unos cuantos que van a ser terroríficos, pero con ese dinero vamos a dar de comer a mucha gente. Vamos a ayudar al convento de Madre de Dios, que está a la vera de nuestra parroquia, que da de comer a mucha gente. Incluso se quedan las monjitas sin comer muchas veces, que hay que reñirlas, por cierto –“pero que si no coméis vosotras, coño, no sé qué coño vais a hacer de comer para estos”–. Ayudar a familias que no tienen para pagar la luz, o a chavales que necesitan comprarse un libro para un colegio y los padres no pueden comprárselo. Para eso existen esas obras. Y cuando alguien habla de las hermandades de Semana Santa, de las cofradías, y habla de salir a jugar a los pasitos a la calle, conviene recordarle lo que son las cofradías en Sevilla y, como digo en Sevilla, en tantísimos otros lugares.

Nosotros, el cambio que anhelamos es de una naturaleza cultural y moral, no solamente tiene que partir del ámbito estrictamente político. Sólo podemos aspirar a que la acción política dé cobertura, favorezca, exprese ese cambio si previamente se inicia en el tejido de la sociedad; entonces sí que vamos a poder encontrar interlocutores válidos en la política, gente que más allá de los corsés ideológicos que cada uno tenga asuma la interpelación que llega de alguna experiencia humana verdadera. Es importante la presencia de los católicos en política. Yo les diría: es imprescindible la presencia de los católicos en política. Gente que la viva como vocación, como servicio nacido de la experiencia cristiana. Gente que pase todos los diálogos posibles, en este mar de laicidad en el que algunos se ahogan repetidamente. Políticos que se definan por la pertenencia al pueblo de la Iglesia, que siempre se midan por su relación con ella. Y eso no lo vamos a conseguir mediante arengas. Lo conseguiremos como fruto de una educación en la fe que despliegue todas las implicaciones humanas de la persona. Educación en una experiencia de fe integral y compañía vital de comunidad cristiana, de modo que esos políticos católicos no se sientan abandonados a su suerte, enviados a una tarea prometeica de la que sólo pueden salir trasquilados, asimilados por los partidos, por las ideologías. Es demasiado fácil criticar la debilidad de los católicos que están en política, pero deberíamos preguntarnos también cómo les hemos sostenido, cómo les hemos ayudado. Y acabo.

Yo no tengo dudas de que, si existe un pueblo cristiano, vivo y articulado –cuando digo esto, recuerdo aquello que me dijo una vez Tarancón: “a veces a los católicos nos convendría ser un poquito más cristianos de lo que somos”. ¡Qué razón tenía, ¿verdad? –, si hay un pueblo consciente de su misión, capaz de dialogar críticamente con la cultura de nuestro tiempo, brotarán vocaciones políticas. Miren a Schumann, De Gasperi o Adenauer. Estos no fueron flores silvestres. Nacieron en la buena tierra de un catolicismo con raíces profundas, implicado en la historia y capaz de construir en ella. Eran gentes con amplios ideales, con una gran visión de futuro, precisamente porque tenían los pies en la tierra de la Iglesia, porque se habían forjado en una paciente construcción social.

Espero no haberles aburrido demasiado. Gracias por estar aquí y hasta la próxima.